

sin exceptuar la real casa, despertóse de tal modo el patriotismo de los españoles, que todo el mundo acudía presuroso á socorrer al gobierno con donativos voluntarios; y tampoco dejó de percibir las contribuciones eclesiásticas, no obstante haber revocado el papa las bulas en que habia otorgado el subsidio. Porque el papa, vivamente resentido del proceder del rey y de Alberoni, é instigado y apretado por los alemanes, se condujo de modo que volvió á romperse la recién restablecida armonía entre España y la Santa Sede, á prohibirse otra vez el comercio entre ambas córtes y á cerrarse la nunciatura ⁽¹⁾.

Recelosas Francia é Inglaterra del grado de armamento que se hacia en España, trabajaron á fin de evitar la guerra, y al efecto enviaron á Madrid, la una al coronel Stanhope, la otra al marqués de Nancré, con proposiciones para un arreglo con el emperador, que consistía en reconocer los derechos de la reina á los ducados de Parma y Toscana, consintiendo el rey en cambio en la cesion de Sicilia. Mas contra la esperanza general la proposición de los dos ministros fué recibida por Alberoni con altivo desprecio. Lo de Parma y Toscana era en concepto del cardenal poca cosa para satisfacer á su soberano; echábales en cara que al firmar la paz no habian cuidado de esta-

(1) Belando, Historia Civil, P. IV. cap. 20 y 21.—San Felipe, Comentarios, tom. III.—Macanáz, Relacion histórica de los sucesos

acaecidos entre las córtes de España y Roma, MS.—Dirémos mas adelante como fué este nuevo rompimiento con la Santa Sede.

blecer el equilibrio europeo, y negábase á consentir en ningun género de transaccion, mientras al emperador se le conservára tanto poder, y no se le imposibilitára de turbar la neutralidad de Italia. Y solo á fuerza de instancias y empeños pareció consentir Alberoni en los preliminares propuestos por los ministros inglés y francés, y en enviar un plenipotenciario español á Inglaterra ⁽¹⁾.

Mas como el gobierno de la Gran Bretaña se convenciese de que las palabras de Alberoni no tenian otro objeto que ganar tiempo y entretener á los aliados, dejó de contemporizar y resolvió obligar á Felipe á dar su consentimiento, decidido en otro caso á tratar con el emperador para emprender la guerra de España. El ministro francés se conducia con otra política. Al tiempo que Nancré trataba con mucha consideracion á Alberoni, Saint-Aignan fomentaba el partido de los descontentos, obrando uno y otro con arreglo á instrucciones del regente. Pero Alberoni, á cuya perspicaz penetracion no se ocultaba esta doblez del regente de Francia, le correspondia excitando contra él las sospechas de la grandeza española y los celos del embajador británico.

Al fin la Inglaterra, fingiéndose cansada de tantas dilaciones, y so pretexto de que la ocupacion de Cerdeña era una violacion de la neutralidad de Italia que

(1) Cartas de Stanhope y Doddington al lord Stanhope.

ella estaba encargada de garantir, y de que la cesion de Sicilia habia sido uno de los principales artículos de los tratados de Utrecht, se decidió abiertamente á equipar una escuadra que cruzase el Mediterráneo y protegiera las costas de Italia, suponiendo que tan considerable armamento impondria á la córte española y detendria sus planes. Esta medida produjo una nota acre y virulenta de nuestro embajador Monteleon, inquietó vivamente á Felipe, y exasperó á Alberoni, el cual escribia, entre otras cosas no menos fuertes: «Cada dia anuncian los diarios que vuestro ministerio no es ya inglés, sino alemán; que se ha vendido bajamente á la córte de Viena; que por medio de intrigas, tan comunes en ese pais, se trata de armar un lazo á esta nacion.» Y amenazaba con que su soberano no cumpliria el tratado de comercio hecho últimamente tan en ventaja de Inglaterra hasta conocer el verdadero objeto de aquellos preparativos y ver el desenlace de aquel drama (abril, 1718).

Tocó entonces otro resorte Alberoni: con el fin de indisponer al emperador con el rey de Sicilia, Victor Amadeo, y poner á éste en el caso de entregar por sí mismo aquel reino á España, ofrecióle cederle los derechos del monarca al Milanesado, y para que pudiera apoderarse de él, España le daría quince mil hombres y un millon de reales de á ocho para los gastos de la guerra, atacando entretanto el reino de Nápoles para distraer las fuerzas del imperio. Y de intento

dejó Alberoni traspasar estas proposiciones para hacer al saboyano sospechoso al emperador y á los gobiernos de Francia é Inglaterra. Pero Victor Amadeo, que penetró las intenciones del cardenal, porque no le faltaba perspicacia, que esquivaba meterse en una empresa de muy difícil éxito, dado que las palabras de Alberoni le fuesen cumplidas, porque sabía además la alianza que se estaba tratando entre Inglaterra, Francia y el Imperio, contestó al ministro español proponiéndole condiciones inaceptables, y que revelaron al cardenal la desconfianza que en él tenia y su poca disposición á entrar en su plan, al cual por lo mismo renunció también Alberoni (1).

Mas no renunció á buscar en todas partes enemigos y suscitar embarcos á las potencias aliadas. Ofreció auxilios de dinero al rey de Suecia, si hacia una guerra que distrajera las armas de la casa de Austria: trató al mismo fin con el agente del rey de Polonia en Venecia: siguió correspondencia con Rugottki, soberano desterrado de Transilvania: fomentó en Francia las facciones de los descontentos con el duque de Orleans: atizaba las discordias intestinas de Inglaterra, y avivaba los celos comerciales de los holandeses, á quienes procuraba seducir con la esperanza de que conseguirian los mismos privilegios que se habian concedi-

(1) Carta de don Miguel Fernandez Duran al marqués de Villamayor, embajador en Turin: en Belando, P. IV. cap. 24.—San Felipe, Comentarios, tom. II.

do á la Gran Bretaña. Y no obstante el poco efecto de algunas de estas gestiones, y lo infructuoso de otras; y apesar de los artículos convenidos entre las potencias de la triple alianza contrarios á los proyectos del monarca español y de su ministro; y sin embargo de los preparativos de la armada inglesa, y de tener el emperador en Alemania ochenta mil hombres, á la sazón desocupados y dispuestos á caer sobre Italia, Alberoni, con un valor que parecia incomprendible, no quiso desistir de su empeño, y fiando su grande empresa, parte á la habilidad y parte á la fortuna, mandó salir de Barcelona la armada que dispuesta tenia (18 de junio, 1718), compuesta de veinte y dos navíos de línea, tres mercantes armados en guerra, cuatro galeras, dos balandras, un galeón, y trescientos cuarenta barcos de transporte: iban en ella treinta mil hombres, al mando del marqués de Lede, de ellos cuatro regimientos de dragones, y ocho batallones de guardias españolas y walonas, «gente esforzada, que cada soldado podia ser un oficial,» dice un escritor de aquel tiempo. «Nunca se ha visto, añade el mismo, armada mas bien abastecida; no faltaba la menudencia mas despreciable, y ya escarmentados de lo que en Cerdeña habia sucedido, traian ciento cincuenta y cinco mil faginas, y quinientos mil piquetes para trincheras: se pusieron víveres para todo este armamento para cuatro meses.»

«Las grandes potencias de Europa, dice un histo-

riador extranjero, vieron con asombro que España, como el leon, emblema de sus armas, despertaba tras de un siglo de letargo, desplegando un vigor y una firmeza digna de los mas brillantes tiempos de la monarquía, haciendo temer que se renovase una guerra á que apenas acababa de poner término el tratado de Utrecht ⁽¹⁾.»

En otro capítulo daremos cuenta del resultado de esta célebre expedicion.

(1) William Coxe, España bajo cap. 28.
el reinado de la casa de Borbon,